

Perú: la persistencia de los outsiders y los retos para la democracia

Agustín Haya de la Torre: profesor universitario y político peruano. Autor de diversos artículos, incluyendo publicaciones de la Fundación Ebert en Perú, como *La difícil construcción de la comunidad política*, y *El sistema de partidos políticos en Perú*.

El fenómeno de los outsiders

Hasta setiembre de 2005, seis meses antes de las elecciones generales del 9 de abril de 2006, tres candidatos aparecían en los primeros lugares de las encuestas: Lourdes Flores Nano, por la coalición derechista Unidad Nacional; Valentín Paniagua, por el Frente de Centro; y Alan García, por el socialdemócrata APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana). Pero todo cambió a fines de 2005, cuando irrumpió la candidatura del comandante Ollanta Humala, líder del novísimo Partido Nacionalista del Perú. En pocas semanas, amagaba el primer lugar en las encuestas. Había aparecido, entonces, el *outsider* esperado por todos los analistas, lo que recompuso el panorama electoral.

Este fenómeno –personajes que provienen de los márgenes de la política y que de pronto concitan la expectativa popular– no es nuevo. El precursor de esta tendencia fue Ricardo Belmont, entonces joven y locuaz empresario de radio y televisión, que ganó la alcaldía de Lima en 1988, tras derrotar a los candidatos de los partidos más fuertes. En 1990, cuando todo hacía prever que el novelista Mario Vargas Llosa, líder de la coalición de derecha Frente Democrático, se impondría en las elecciones presidenciales sobre sus rivales del APRA y de Izquierda Unida, apareció de la nada la figura de Alberto Fujimori. Ex rector de la Universidad Agraria, Fujimori cambió por completo el esquema vigente: derrotó ampliamente a Vargas Llosa, oponiéndose a las medidas económicas neoliberales y, una vez en el poder, fue su más implacable ejecutor.

A los dos años de gobierno, Fujimori dio un golpe de Estado con respaldo de la cúpula militar. Disolvió el Congreso y los gobiernos regionales e intervino el Poder Judicial y el Tribunal Constitucional, bajo el pretexto de que se necesitaba mano dura y mayor «eficacia» para llevar adelante la lucha antiterrorista contra la guerrilla de Sendero Luminoso. Aunque después convocó a un Congreso

Constituyente, los partidos democráticos se negaron a presentarse a dicha esa. El poder, entonces, quedó en sus manos, lo que le permitió obtener la reelección. La captura de Abimael Guzmán, jefe de Sendero Luminoso, junto con la venta masiva de las empresas estatales, le ganaron la confianza de amplios sectores de la población y generaron una gran cantidad de recursos para las políticas sociales.

La derrota de Sendero se sumó a la reducción de los índices de inflación, configurando un panorama que le permitió ganar las elecciones de 1995 con el 64% de los votos. El segundo periodo de Fujimori le permitió consolidar su autoritarismo mediante la organización de una corrupta pero eficaz telaraña de poder, manejada desde el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN). En simultáneo al poder formal, caracterizado por un fortalecimiento del presidencialismo, funcionaba el poder real, dirigido por el presidente y su asesor de seguridad nacional, el ex capitán Vladimiro Montesinos. Era un control secreto, ajeno por completo a cualquier fiscalización pública.

Desde el SIN se controlaban, incluso, los grandes medios de comunicación. Los canales de televisión, en manos de empresarios privados, fueron uno a uno comprados con fuertes sumas de dinero. Dueño del escenario, Fujimori se sintió todopoderoso e hizo que su mayoría parlamentaria interpretara irregularmente su propia Constitución para reelegirse una vez más. En este contexto, la oposición democrática quedó tan disminuida que sus partidos más importantes apenas superaron la valla legal del 5% para seguir registrados. La Izquierda Unida, una de las cuatro fuerzas principales de la década anterior, se disolvió en 1995. La oposición se refugiaba tras la fachada de las organizaciones de la sociedad civil, algunas creadas ex profeso, como el Foro Democrático, para poder concertar con cierta eficacia la acción política.

La nueva reelección fue percibida como un exceso por amplios sectores sociales que hasta el momento se habían mantenido pasivos y esto permitió que las fuerzas democráticas se reactivaran. En los comicios de 2000, dos candidatos aparecían como los rivales más fuertes del autoritario gobernante: Alberto Andrade, alcalde de Lima, y Luis Castañeda, ex presidente del Seguro Social nombrado por el propio Fujimori. Salidos de antiguos partidos –el Partido Popular Cristiano y Acción Popular–, ambos habían formado movimientos de ocasión.

Sin embargo, en los últimos tres meses de campaña apareció la figura de un nuevo candidato, Alejandro Toledo, quien en 1995 había tenido escasa suerte.

Sorpresivamente, este economista de Stanford, de origen campesino y quechua, consiguió el apoyo popular que le había sido negado rotundamente cinco años antes. Fujimori dudó en imponer su triunfo en la primera vuelta. Si bien tenía todavía un fuerte respaldo popular, no era garantía suficiente para superar la mitad de los votos. El control que el SIN ejercía sobre el sistema electoral le permitió mantener en vilo al país durante los días siguientes a la elección, anunciando resultados que amagaban por décimas el 50%. Finalmente, aceptó ir a la segunda vuelta, pero Alejandro Toledo denunció fraude y decidió no participar.

Esto le permitió a Fujimori inaugurar su tercer periodo en el poder. A las pocas semanas, un video extraído de los archivos del SIN reveló el soborno a un parlamentario del partido de Toledo, a quien se le ofrecía dinero para que se sumara a la mayoría oficialista. El escándalo sacó a la luz pública uno de los secretos mejor guardados hasta entonces: la compra mediante enormes sumas de dinero de políticos, altos funcionarios y empresarios, un proceso que había sido minuciosa y maníaticamente filmado por el asesor de seguridad Vladimiro Montesinos. Ante el escándalo, los socios huyeron uno tras otro del país, valiéndose de los centenares de millones de dólares que habían robado sistemáticamente durante años. Fujimori apeló a su nacionalidad japonesa y se refugió en ese país hasta su captura en Chile, en noviembre de 2005.

Mientras Montesinos se fugaba hacia Panamá, en octubre de 2000, dos oficiales del Ejército al mando de un pequeño contingente se alzaban en Moquegua, cerca de la frontera con Chile. La aventura fue militarmente intrascendente. La democracia restablecida perdonó luego a los rebeldes. Toledo, el nuevo presidente desde 2001, nombró a uno de ellos, Ollanta Humala, como su agregado militar en París y luego en Seúl.

Ante la fuga de Fujimori, el Congreso declaró la vacancia y eligió a Valentín Paniagua, líder de Acción Popular, partido fundado en 1956 por el dos veces presidente Fernando Belaúnde Terry. El gobierno transitorio nombró un gabinete de notables y fijó un plazo de ocho meses para las nuevas elecciones. Toledo aparecía como el ganador inobjetable hasta que el Congreso anuló la legislación que impedía el retorno de Alan García, líder aprista y presidente entre 1985 y 1990. Perseguido desde el autogolpe de 1992, asilado en Bogotá y París, García reapareció con un vigoroso discurso, que no se escuchaba desde los 80, crítico del neoliberalismo y con una agenda social favorable a los trabajadores y los desempleados. García disputó la segunda vuelta con Toledo y perdió por apenas cuatro puntos.

Desde 2001, Toledo, líder del partido Perú Posible, ha sobrevivido a duras penas a su mandato legal. No se atrevió a restablecer la Constitución democrática de 1979 y prefirió gobernar con la fraudulenta de 1993. Por tanto, el modelo neoliberal y de participación ciudadana restringida siguió vigente. Acosado por escándalos de corrupción, tuvo a su favor el ciclo expansivo de la economía mundial. Los altos precios de los minerales se combinaron con la expansión de los nuevos productos agrícolas y los textiles; así, se duplicaron las exportaciones y se sostuvo un crecimiento del PIB superior al 4% anual. Su escasa consistencia como gobernante y su incapacidad para frenar la corrupción, sumadas a la restringida institucionalidad democrática, generaron la sensación de que la democracia es ineficiente *per se*.

Los partidos llamados tradicionales optaron por sostenerlo hasta el final de su mandato, debido a las presiones de Washington y ante el temor de que se repitiera una situación parecida a la caída de Fujimori. También pesó la necesidad de evitar nuevos episodios de inestabilidad política, como aquellos que atravesaron varios países de la región. Abierta oficialmente la carrera para las elecciones del 9 de abril, el panorama incluye cuatro candidaturas principales: la que hoy encabeza las encuestas es la última en aparecer en la liza, la del *outsider* Ollanta Humala.

Los Humala: nacionalismo, racismo, ¿fascismo?

Ollanta Humala no está solo. Su hermano, Antauro, preso por tomar por asalto la comisaría de Andahuaylas y asesinar a cuatro policías el 1 de enero de 2005, es candidato a diputado en el partido que encabeza el mayor del clan Humala, Ulises, quien acusa al comandante Ollanta de desviacionismo ideológico por las alianzas con empresarios y políticos tradicionales para garantizar su elección. El padre de los tres, Isaac, es el inventor del «etnocacerismo», una corriente ideológica que mezcla el indigenismo con evocaciones a la mítica figura del general Andrés Cáceres, héroe de la guerra con Chile de 1879: Isaac Humala sostiene que las diferencias entre los hermanos se deben a que uno cree en el *jus soli* y el otro en el *jus sanguinis*.

El patriarca sostiene, sin ruborizarse, que son peruanos solo quienes tienen un porcentaje suficiente de «raza cobriza». Aunque de vieja militancia comunista, ha descubierto *Mi lucha* a destiempo, y ahora proclama fascinado que pertenece a la «subetnia Pumatambo», remoto rincón ayacuchano de donde proviene la familia.

Don Isaac no aclara en qué «subetnia» cobriza clasificará a su militante esposa, dama de apellido italiano, ni a sus criollísimos hijos, yernos y nueras, descendientes de familias terratenientes, de aquellas a las que los siervos indígenas conocían como «mistis» por sus rasgos feudales.

Los Humala han introducido por primera vez el racismo como factor ideológico en la política. En Perú, el indigenismo siempre fue una corriente ideológica promovida por las elites criollas de Lima y el sur andino. Nunca prendió como fenómeno de masas por el peso del mestizaje y la influencia integradora de los discursos democratizadores que impulsaron Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y una pléyade de destacados pensadores desde la década de 1920.

La sorpresa es un componente habitual en las elecciones peruanas. Esta vez, la novedad incluye a dos hermanos como candidatos a la presidencia y a un tercero como aspirante a parlamentario. El más importante es Ollanta Humala. Aunque no alcanzó a regularizar la inscripción de su Partido Nacionalista Peruano (logró reunir las 125.000 firmas exigidas y constituyó los 65 comités provinciales, pero se vencieron los plazos para registrar su candidatura), consiguió seguir en carrera gracias a la salida de emergencia que, luego de varios intentos, encontró en la interesada acogida de la agrupación Unión por el Perú (UPP).

La UPP es un movimiento que en 1995 lanzó al ex secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, como candidato a presidente. El embajador se desligó luego de su derrota, pero el partido obtuvo pequeñas representaciones parlamentarias en 2000 y 2001. En la actualidad, está dirigido por un grupo de políticos que poco tienen que ver con el proyecto original, y se ha transformado en uno de las tantas fuerzas que subsisten porque tienen registro legal, aunque no votantes. Han sido calificados acertadamente como «vientres de alquiler», y eso es justamente lo que necesitaba Ollanta Humala para regularizar su postulación. El desenlace permanece abierto: la «invitación» formulada por la UPP a quien hoy pelea el primer lugar en las encuestas desempolvó los ánimos de la alicaída militancia, que reapareció para poner como condición el 40% de los cupos parlamentarios. El conflicto podría estallar si el Jurado Nacional de Elecciones inscribe definitivamente al Partido Nacional del Perú.

Ollanta Humala presentó como candidatos para las vicepresidencias a Gonzalo García Núñez, director del Banco Central de Reserva y economista heterodoxo, y a Carlos Torres Caro, un ex fiscal acusado de trabajar con Montesinos. García Núñez, de juvenil militancia aprista, ex funcionario del gobierno militar de Juan Velasco Alvarado y ex concejal del municipio de Lima por Izquierda Unida, es el encargado del plan de gobierno. Además de funcionarios alto nivel del gobierno de Toledo, la candidatura cuenta con el apoyo de muchos empresarios, algunos de origen judío, lo que disparó la crítica de los hermanos de Ollanta, que lo acusaron de «desviacionismo», e incluso de su padre, que lo cuestionó por rodearse de «forajidos».

Así fue como Ulises Huamala decidió lanzarse a la aventura, y también encontró otro grupo político dispuesto a cobijarlo, Avanza País, formado por activistas de la diáspora de la ex Izquierda Unida. Ha empezado una beligerante campaña, que reivindica la línea «etnocacerista» promovida desde 2001 por Antauro y sus huestes de reservistas del Ejército, que recorrían los barrios populares con sus uniformes de combate.

Las fuerzas democráticas

Disminuidos por el autoritarismo neoliberal de los 90, los partidos tradicionales –el APRA, el Popular Cristiano y Acción Popular– son nuevamente actores relevantes de la vida política. El APRA, viejo movimiento de la izquierda histórica fundado en 1924, con un discurso antiimperialista y de frente único, fue declarado inconstitucional en 1933 y perseguido por décadas por las diferentes dictaduras. En 1985 llegó al poder por primera y única vez con Alan García. Y aunque el comienzo de su gobierno fue exitoso, la crisis de la deuda externa y la acción terrorista de Sendero Luminoso lo debilitaron.

Como señalamos, tras nueve años de exilio durante el régimen de Fujimori, García retornó con un fuerte discurso social que lo llevó a perder por escaso margen en 2001. Desde entonces, el APRA ha recuperado su antigua organización y es reconocido como el único partido de masas que merece tal nombre. Con sus posiciones de centroizquierda, se ubica en un expectante tercer lugar en las encuestas. En 2002, el APRA ganó la mitad de los 24 gobiernos regionales y las alcaldías de varias capitales departamentales, entre ellas las de Trujillo, Arequipa,

Iquitos, Huancayo e Ica. Sus estrategias confían en desplazar a la derechista Lourdes Flores y enfrentar a Humala en la segunda vuelta.

El Partido Popular Cristiano, nacido de una escisión de la Democracia Cristiana a mediados de los años 60, tuvo como figura emblemática al ex alcalde de Lima Luis Bedoya Reyes. Hoy, es la fuerza principal de la coalición Unidad Nacional, que integra a pequeños pero activos grupos de derecha. Su candidata, Lourdes Flores Nano, es una brillante abogada, que representa a las nuevas generaciones socialcristianas. Ha ocupado varios cargos públicos, tanto en la Municipalidad de Lima como en el Congreso. Durante varios meses ha encabezado las encuestas y es una de las favoritas. Desde la formación de Unidad Nacional, el PPC ha roto los límites que en otra época lo confinaron como un partido limeño y de clase media alta. Ha ganado varias alcaldías en barrios populares antes hegemonizados por APRA y la Izquierda Unida. Cuenta con un respaldo clave pero sutil de la jerarquía católica, lo que ha contribuido a su crecimiento nacional.

Acción Popular integra el Frente de Centro junto con Somos Perú, del ex alcalde limeño Alberto Andrade, y junto con la Coordinadora Nacional de Independientes, desgajada de Unidad Nacional. Su fuerza se apoya en el prestigio de Valentín Paniagua: nacido en Cusco, ex presidente del gobierno transitorio de ocho meses que organizó la elecciones del 200, Paniagua es un hombre de origen democristiano, más bien progresista, que a los 26 años fue ministro de Justicia en el primer gobierno de Belaúnde Terry. Las encuestas le asignan un cuarto lugar, que quizás sea consecuencia de su carácter pausado y de la escasa suerte que ha tenido Acción Popular para recomponer la fuerza de masas que tuvo hasta principios de los años 80. Es, de todos modos, uno de los actores principales de la escena política.

Izquierda Unida, definitivamente disuelta hace más de diez años, se ha dividido en tres grupos. El Frente Amplio, formado por los antiguos partidos comunistas de orientación maoísta y prosoviética, cuya lista es encabezada por Alberto Moreno. El Partido Socialista, nuevo nombre del Partido Unificado Mariateguista, postula a su líder, Javier Diez Canseco, un parlamentario reconocido, con una larga trayectoria antiimperialista, de lucha contra la corrupción y defensa de los derechos humanos. La tercera agrupación que aspira a recoger votos del antiguo espacio es Concertación Descentralista, alianza a su vez de dos pequeños movimientos, cuya candidata presidencial es Susana Villarán.

Perú Posible, el partido de gobierno que lidera Toledo, luego de romper su alianza con el Frente Independiente Moralizador de Fernando Olivera, tuvo serias dificultades para organizar su nueva postulación. Finalmente, presentó a Rafael Belaúnde Aubry.

Párrafo aparte merece la situación del fujimorismo. Antes de la detención de Fujimori en Santiago de Chile, las encuestas le asignaban a esta fuerza un 20% de apoyo. Pese al abandono del poder y a los juicios por corrupción y violación de derechos humanos, el ex mandatario consiguió, gracias a su enorme poder económico, a la protección del gobierno de Japón y al recuerdo de un gobernante que «robó pero hizo obras», reactivar a los movimientos que había articulado durante su presidencia. Reconocido como ciudadano japonés, pensó que con el aval de la extrema derecha y las influencias del gobierno de ese país iba a lograr un buen trato en Chile, parecido al que obtuvo Carlos Menem, el ex presidente argentino acusado de corrupción, a quien la justicia chilena niega la extradición. Pero se equivocó. Tras su espectacular viaje de Tokio a Santiago en avión privado, terminó encarcelado.

El imbatible y frío «estratega» se encerró a sí mismo y acabó por desilusionar a sus seguidores. Buena parte de los sectores empobrecidos lo abandonaron ante el fracaso y pasaron a engrosar las filas de Ollanta Humala, el nuevo caudillo nacionalista. El Jurado Electoral ha rechazado su candidatura debido a la inhabilitación en sus derechos políticos que por diez años le aplicó el Congreso de la República.

Conclusión: el incierto futuro

La aparición de los Humala y sus propuestas nacionalistas, racistas y fascistas, con un fuerte respaldo popular, ha complicado las predicciones para las elecciones del 9 de abril, y hasta es posible que se produzcan problemas internacionales, pues el jefe de la familia ha amenazado con invadir Chile «hasta el Maule».

Básicamente, lo que hoy está en discusión es quién pasa a la segunda vuelta para enfrentar a Ollanta Humala, si Unidad Nacional o el APRA. Por lo pronto, Humala ha recibido el respaldo del presidente venezolano Hugo Chávez, aunque su actuación parece, hasta ahora, más cercana a la de Lucio Gutiérrez: la incorporación de importantes empresarios y de dirigentes de lejano origen izquierdista en sus listas parlamentarias lo han vuelto muy cauto en sus propuestas económicas.

Lo que sí parece claro es que el próximo Congreso unicameral, de 120 miembros, estará dividido entre cuatro fuerzas: el APRA, el Partido Nacionalista del Perú, Unidad Nacional y el Frente de Centro. Quizás oscilen entre el 10 y el 25% de representación parlamentaria cada una, a lo que podrían sumarse los fujimoristas y los partidarios de Perú Posible, que apenas superan la valla del 4 %. En esas condiciones, asegurar la gobernabilidad será difícil.